

LA LUZ DEL PORVENIR.

Precios de Suscripción.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripción.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—Velada literaria y musical en memoria de Allan Kardec, Antonio Escubós y Tomás Padró —Tengamos tolerancia.—El ideal humano —A la memoria de Allan Kardec.—Amor.—Pensamientos.

VELADA LITERARIA Y MUSICAL

en memoria de Allan Kardec, Antonio Escubós y Tomás Padró

(Continuación.)

TENGAMOS TOLERANCIA.

«Uno de los defectos más frecuentes de nuestra flaca naturaleza, dice el gran filósofo evolucionista Spencer, es, indudablemente, olvidar que *hay un fondo de bondad en las cosas malas, así como siempre hay, un fondo de verdad en las cosas falsas.*» Y tan común es este olvido, que personas que suelen admitir teóricamente, ó en abstracto, el principio sentado, rara vez suelen aplicarlo al juzgar opiniones ajenas. La soberbia humana, que no es otra cosa que una de tantas formas con que la ignorancia se presenta, ciega y ofusca á los hombres de tal manera, de tal manera perturba su razon, que suelen rechazar con indignación y desprecio toda esencia que esté en abierta oposición con la suya, sin preguntar ni investigar, primero lo que puede abonar y justificar, siquiera sea aparentemente, tal creencia.

Más de igual manera que se ha dicho que toda novela tiene algo de historia (y vice versa), puede tambien afirmarse, que el cuento más absurdo ha podido tener su origen en un acontecimiento real; sin cuyo requisito imposible parece que se hubiera vertido una idea cualquiera aun con el burdo traje que algunas veces nos la presentan.

Todos conocemos el error y falsedad que encierran las religiones positivas que nosotros conocemos. Más preciso es confesar, que á pesar de lo absurdo de sus dogmas y de la ridiculez de sus cultos, las religiones positivas han producido un gran bien á la humanidad de su tiempo; imposible hubiera sido, por lo tanto, que se produjera bien alguno si éste no hubiera estado contenido virtualmente en aquellas religiones.

Cuando una creencia cualquiera, conquista numerosas adhesiones sin ser destruida por la crítica de su tiempo, es evidente que está en armonía con las creencias y modo de ser de los hombres que la aceptan. Podrá suceder que el fundamento sea débil, muy débil, pero es imposible que deje de tener valor alguno. Vivimos en la verdad y en la afirmación, puesto que vivimos *en y por* Dios que es la verdad; nuestra alma no puede jamás nutrirse de negaciones. Lo que hay es que dicha verdad se nos presenta siempre en armonía con nuestro conocimiento; más en la relatividad de nuestro saber, de igual manera que se afirma que nadie (escepto Dios) posee absolutamente la verdad; se puede afirmar la proposición contraria: esto es que **NADIE ESTÁ ABSOLUTA-**

MENTE EN EL ERROR. Si la humanidad tuviera siempre presentes estos principios, la tolerancia arraigaría en todos los corazones. Por falta de justicia en los razonamientos y sobra de apasionamiento en nuestros juicios, es por lo que se prolongan los antagonismos entre creencias distintas, haciendo eternas las luchas humanas.

Y de todos estos antagonismos que entre las creencias de los hombres existen, el más profundo, el más grave y el más universal de todos es el que entre la ciencia y las Religiones se sostiene. Las Religiones no han recibido más, que mucho bien de la ciencia; ésta les ha alumbrado su camino, ha destruido muchas de sus asperezas, y cegado algunos de sus abismos, ya que no todos, por la resistencia que han opuesto y oponen siempre las religiones mismas; y en pago de tantos y tantos favores como han recibido ¿cómo lo agradecen? Con el ódio más terrible; con el más implacable rencor.

Misérias propias de la pequeñez relativas é inferioridad de ciertas creencias!

La ciencia ha sido en todo tiempo el depurador de las religiones: cuando allá en los primitivos tiempos históricos el pueblo se hallaba sumido en el más grosero fetichismo, la ciencia, naciente aún y rudimentaria, descubrió algunas leyes de las cosas más vulgares, poniendo así un límite al fetichismo universal que reinaba en todos los espíritus. Desde entonces acá una cruda guerra, una batalla continua se está librando entre la ciencia y las religiones. Éstas, acorraladas por los tajos y mandobles que la ciencia reparte descubriendo verdades y aniquilando errores, han debido sufrir numerosas metamorfosis, depurándose de alguna imperfección al cambiar de forma; pero las religiones jamás perdonarán á la ciencia los palmetazos que ésta, como maestra les ha dado.

Es notable, sin embargo, el hecho de que, así como la ciencia ha corregido los defectos de las religiones, éstas á su vez han corregido los defectos científicos; y en esta lucha titánica de tantos siglos, ambas entidades ganan no poco; las religiones se hacen cada dia más religiosas y la ciencia más científica, si tales frases se permiten.

La ciencia, la verdadera ciencia no puede ser desdeñosa ni menos intransigente; y aunque alguna vez la satisfacción de sus triunfos le haya hecho mostrarse un si es no es orgullosa, bien se la puede dispensar ese desahogo en gracia á ser la luz que todo lo alumbra.

Las religiones han sido intransigentes é intolerantes en razon directa de su ignorancia. Pero la ciencia cual jugo precioso se va infiltrando por todas partes, y las religiones se hacen cada dia más racionales; sus prácticas son cada vez menos groseras; su ódio á las creencias opuestas no es tan ostensible; parece como si tuvieran vergüenza de ser intolerantes. En una palabra, la ciencia es la que humanizará las religiones.

Esa intransigencia, esa intolerancia de las religiones es efecto de la resistencia que estas oponen á toda innovacion. Cuesta mucho trabajo admitir una verdad nueva, que por ser poco conocida no puede tener más que el carácter deprobable y desechar otra conocida que se ha tenido por verdad evidente. De ahí esas convulsiones que la humanidad ha sufrido siempre que se ha intentado hacerla cambiar de creencia; agitaciones y choques que es de esperar sean cada vez menos rudos, aunque si serán más frecuentes; pues si hasta aquí han revestido el carácter de verdaderas revoluciones no es aventurado el asegurar que la tendencia reformista se convertirá en evolución, si bien lenta; continua y progresiva, hasta que, ciencia y religion, estas dos manifestaciones de la actividad humana se armonicen y compenetren en una sola creencia.

¿Quién realizará esta maravilla? No es dudosa la contestación. Y aunque parezca osadía nuestra afirmación diremos que únicamente el espiritismo puede terminar el conflicto y traer el ramo de olivo á los pueblos.

Digase lo que se quiera. el hombre tiene en su sér dos tendencias que parecen opuestas, aunque no lo son, que le obligan á manifestarse de dos modos distintos: Co-

mo sér racional é inteligente, es libre, altivo; quiere escalar la verdad aunque la contempla muy elevada: de aquí el poner en juego su actividad y reunir materiales para lograr su aspiración. El conocimiento de sí mismo le hace ver su pequeñez y sus flaquezas y reconocer un poder superior al suyo ante el cual se prosterna para admirarle y pedir fuerzas. Lo primero es el camino que conduce á lo segundo, que es el término de toda aspiración humana. Aquello es Ciencia: esto Religión.

El espiritismo tiene en sí todo lo verdaderamente religioso de las religiones. Proclama y sustenta la idea de un poder omnipotente, por que es imposible señalarle límites, defiende con pruebas irrecusables la existencia del alma y su supervivencia, así como la responsabilidad que en sus actos libres le caben. Admite de igual manera todas las conclusiones de la ciencia; y léjos de mirar á esta con prevencion ni menos despreciar su poderosísimo valimento la toma por su aliada y consejera, fundiendo en un solo ideal esas dos aspiraciones y tendencias humanas, Ciencia y Religion.

El espiritismo, pues no es, no puede ser intransigente é intolerante con la ciencia; quién ama la verdad no puede estar reñido con ella. Cabe que pudiera serlo con las religiones, pues que al fin éstas le muestran hostilidad; pero además de que sabe que esto es signo de inferioridad debe reconocer que la intolerancia léjos de auxiliarle en su propaganda no puede servirle sinó como elemento de destrucción.

Sin duda que á veces es algo difícil hacer arraigar en nosotros el espíritu de tolerancia; máxime cuando se ven sostener, hasta con descaro, errores de tanta magnitud y despreciar y rechazar verdades no menos grandes, y tan palmarias y evidentes. Es duro, sí, muy duro el tener que sufrir el orgullo de la ignorancia mil veces mayor que el de la ciencia. Subleva á veces el oirse llamar irreligioso y ateo por no admitir como la mejor la teoría de una creación que se asemeja al trabajo de un carpintero; ó por que uno se niega á reconocer que Dios, la causa de todas las causas, siente placer por una baja adulación que á un hombre digno inspiraría desprecio.

Pero el espiritista debe refrenar estos sentimientos ya que no pueda dominarlos y estirparlos desde luego. La superioridad de la verdad que encierra la creencia que sostenemos nos impone este deber. Despues de todo, la victoria en el terreno intelectual y moral no está en vencer sinó en convencer; y nosotros que no queremos ver á los demás vencidos y humillados, no podemos ser intolerantes: faltaríamos abiertamente al precepto del Cristo «Amaos los unos á los otros.»

En resumen: la tolerancia, base de la fraternidad humana nos impone á todos, pero mucho más á los espiritistas, el deber de amar y respetar á los hombres como miembros de la familia humana, sin distinción de razas, cultos ni pueblos.

Combatamos el mal por el bien, no por el placer que la victoria nos pueda causar; combatamos el error por la verdad, el crimen por la virtud, la injusticia por el derecho, el ódio por el amor, la violencia por la dulzura, la ofensa por el perdón, el egoísmo por la benevolencia y la caridad y abandonemos á Dios las consecuencias que resulten de una manera de obrar que en tan sanos principios se informe.

FABIAN PALASÍ.

Zaragoza Abril de 1886.

EL IDEAL HUMANO.

Cuando mi alma errabunda
vagaba incierta en pos de lo ignorado,
tras del consuelo ansiado
en mi pena profunda,

en el vivo dolor del desencanto,
horrible torcedor del sentimiento,
¡lo que en el mundo al fin abunda tanto
ver marcharse con llanto
una esperanza al viento!

Cuando un choque violento,
se operó en lo profundo en mi conciencia
entre la fé aprendida,
pero nunca adquirida,
y la razón potente de la ciencia,
sobrevino cual justa consecuencia
la fatal destruccion de mis errores.

Más al que como yo lo incierto enfada,
busca los resplandores
de la verdad sagrada.
Con esta aspiracion y afan creciente
miraba en derredor con embeleso
con éxtasis ardiente,
la sublime armonía de los mundos
que el universo pueblan, revelando
un supremo poder en él impreso.

Crecía mi entusiasmo, contemplando
como natura, derrama inagotable
tesoro de riquezas,
tantas, que fuera inútil la palabra
miseria ó miserable,
si el hombre en sus instintos
de salvaje egoismo,
no fuera el que su propia ruína labra
y el mayor enemigo de sí mismo.

Juzgando de esta, suerte,
de mi espíritu huyeron
los negros pensamientos
de escepticismo inerte,
y de atroz negacion que le asaltaban,
y sola mi razon los convirtieron
en los puros sencillos sentimientos
de una fé incontrastable,
que inquiere, que investiga,
que con sed insaciable,
ajena de perjuicios ni enemiga,
con libre pensamiento
y próspera fortuna,
analiza teorías ciento á ciento,
y proclama verdades una á una.

Así supe aprender que Dios existe
que en la vida el amor es ley suprema
que el que á esa ley suprema se resiste,
no sufrirá de Dios el anatema,
anatema sagrado,
sólo de religiones inventado,
sino verá en su sórdido egoismo
el castigo mayor contra sí mismo.

La religión, que osada
del propio Dios titúlase emanada
es la mayor culpable,
de la barbárie triste y lamentable,
de que la humanidad se ve aquejada,
que en el recinto monacal artera,
los vínculos estrechos y sagrados
de la familia santa
violenta los quebranta;
que ella santifica en los altares

á los que huyeron de los pátrios lares
y del humano fraternal concierto,
que despreciando al mundo
como enemigo capital del alma,
hallan placer más cierto
en su retiro inmundo,
gozando á su sabor de *santa calma*.

*Vivir quiero conmigo
gozar quiero del bien que debo al cielo
á solas, sin testigo,
libre de AMOR, de celo,
de ódio, de esperanza, de recelo.*

Palabras estas son de un fraile insigne
hijas del acendrado cristianismo,
¡Cuán grosero egoismo
el de aquellos seráficos varones!
¡Deseando consigo verse solo
sin sufrir del amor, ni el triste dolo
ni gozar de sus dulces emociones!

No: se engañan á fé, que amor es vida,
la vida del espíritu ansiada
de ideas gérmen que el cerebro anida
brillantes cual la luz de la alborada.
El, al hombre en su niñez doliente
acoge con solícito cuidado,
privándole del ábrego inclemente,
velando dulcemente,
su sueño sosegado.

Él en la juventud inclina al hombre
á todas las ideas generosas,
él puede conseguir gloria á su nombre
impeliéndole á empresas poderosas,
él aliento le infunde en su infortunio,
él le acompaña siempre en la alegría
él es tambien apoyo del anciano,
él es en fin, la célica armonía
que hace latir el corazón humano.

Amor, amor sublime
de Dios destello bienhechor, del orbe,
única salvacion, dulce consuelo,
que purifica el alma y la redime
y borra las fronteras con el cielo.

Esta es la religión, esta es la vida
esta es la ley suprema de las leyes
que regirá la humana raza unida
lo mismo á los plebeyos que á los reyes.

JOAQUIN DIEGUEZ Y DIAZ.

Gracia 17 de Abril de 1886.

Discurso pronunciado en un presidio el 31 de marzo, y enviado despues al Circulo de la Buena Nueva.

Á LA MEMORIA DE ALLAN KARDEC.

El objeto de reunirnos hermanos, es solo con el fin de que unamos nuestros actos de adhesion á los de todos los espiritistas para conmemorar el décimo séptimo aniversario de nuestro maestro Allan Kardec: doy pues con vuestro permiso, á mi pobre relato comienzo.

Así como el planeta en que habitamos, tiene sus estaciones de sol y lluvia, frío y calor, y estas estaciones siguen el curso que tienen marcado por el Creador sin menoscabar las leyes por él creadas, también el espíritu humano por medio de sus reencarnaciones, tiene derecho al progreso para cuyo fin ha sido creado sin llegar jamás á la perfección porque esta solo la posee Dios.

Si repasamos los anales de la historia, encontraremos que lo creado, tanto el más pequeño infusorio como el ser más grande de la creación, tiene sus transformaciones y todos aspiran á un solo fin que es el progreso indefinido. Así, que en el tiempo que la humanidad estaba sujeta al dominio de los que querían detener su marcha progresiva, amordazando las conciencias, castigando con horribles tormentos á los innovadores del progreso humano sin embargo de todo esto, á roto el progreso sus mallas, diciendo á la humanidad, despierta, despierta del letargo en que yaces, que ha llegado la hora de tu redención, para que llegues al nivel de la civilización, cual corresponde á todos los mundos ó planetas de la creación.

Y en prueba de ello, al desplegar la bandera racional al que hoy un recuerdo tributamos, la humanidad entera, quiso analizar todo cuanto él demostró con pruebas irrefutables, la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y que esta alma ó espíritu por leyes por él demostradas ó sea el fluido cósmico universal y por medio de este fluido se comunican los espíritus desencarnados con los encarnados, y después de analizar todos los puntos por él declarados, resultó ser cierto todo cuanto nos reveló.

Pues, nosotros pobres pigmeos al ver tanta luz y verdad ¿permaneceremos inactivos, estupefactos y seremos tan ingratos en no demostrar á nuestros hermanos lo que somos y lo que pretendemos ser, con obras y acciones? ¿Cómo en este día no demostrar al mundo entero un acto de adhesión á nuestro maestro Allan Kardec?

Demostramos que somos cosmopolitas, que nuestro Dios es el Universo infinito y que para llegar á Él, es por medio de la práctica de bien y por el progreso: que nuestros templos, son los hogares domésticos: nuestros santos, son nuestros hijos y todos los que aspiran al bien universal: y nuestros sacerdotes son los que se esfuerzan en enseñar la verdad quitando las tinieblas de la luz, sin distinción de razas ni de cultos; porque todos somos hermanos é hijos de Dios y que á todos nos ha creado y guía con un mismo fin.

Nosotros que hemos divisado esta antorcha divina de donde depende nuestro porvenir. ¿No nos moralizaremos de nuestras imperfecciones, practicando las virtudes de amor y caridad llevando triunfante nuestro pabellón emblema de paz, de libertad, igualdad y fraternidad, universal? ¿No es esto lo que predicó Jesús y lo confirma Allan Kardec en su obra?

Sí, hermanos; el Espiritismo es la antorcha divina que el Creador ha puesto en nuestras manos, para que con nuestro libre albedrío, podamos distinguir lo bueno de lo malo, y enlazar por medio de su desarrollo todos los arcanos de la humanidad tanto visible como invisible, y formar entre todos el colosal edificio que se presenta á nuestra vista. Nosotros que hemos conocido tan excelente doctrina, seamos los primeros en quitar las piedras y las zarzas que estorben la marcha del progreso, levátemos la frente y digamos con denuedo: Sin trabajo no hay progreso, sin progreso no hay felicidad, sin felicidad no hay dicha inefable, y ésta solo está en Dios; y para alcanzarla, solo la virtud y el progreso son los motores para lograr tan deseado fin.

Sí, hermanos, fijémonos bien en este tan fausto día; acordémonos que al que hoy un recuerdo tributamos, han pasado diecisiete primaveras en que su espíritu gastado de tanto luchar abandonó su envoltura, y en aquella fecha acompañaron á su cuerpo inerte, un sin número de racionalistas (con el incansable Camilo Flammarion honra de la astronomía moderna), que fueron á tributarle el último homenaje en señal de agra-

decimiento, el cual ha quedado y quedará grabado eternamente en el corazón de la humanidad. ¡Dichoso aquel que sus enseñanzas le sirven de guía y mire su pasado, su presente y su porvenir y sigue sus huellas para llegar á ser grande como fué él y se regenere de sus imperfecciones causa de su atraso moral!

Hermanos: sigamos impertérritos sus huellas, seamos los atletas del progreso, llevando este pequeño grano de arena, para que esta sociedad egoísta que nos rodea, comprenda que todo lo que hacemos, decimos y pensamos es no más con un fin común; el bien universal.

No titubeamos en decir á los romanistas que no nos arredra su Dios mezquino con sus pasiones y sus venganzas, ni tampoco con su irrisible infierno, en que el arroja por toda una eternidad á los que no sean católicos, y á los que por una simple falta hayan muerto impenitentes. Ni tampoco nos admira ese hermoso cielo de cristal donde se vive en continua ociosidad en compañía de las vírgenes y los santos de la corte Celestial. Hagámosles comprender que nuestro Dios es más magnánimo; que para llegar á Él, no necesitamos á ningun tercero, que hemos de ganarnos los méritos por nosotros mismos, que las oraciones pagadas no tienen ningun valor, y que el que obra mal en esta vida, para regenerarse, no le basta una sola encarnacion para purificarse hasta de la más insignificante falta, porque para llegar á la perfeccion, se ha de estar limpio de toda mancha cumpliendo sus divinos preceptos.

Si así lo hacemos hermanos míos, fieles servidores seremos de nuestro maestro Allan Kardec y de los buenos espíritus, y adelantaremos un gran paso en nuestro progreso moral: y en los momentos críticos de dolores materiales, derramarán sobre nosotros á raudales toda clase de beneficios, fortaleciéndonos en la práctica de la virtud que es lo que más falta nos hace para el fin que tanto anhelamos. Y cuando tenga á bien el Padre llamarnos, vendrán gustosos á recibirnos y nos dirán: Venid hijos prodigos, bien vuestra mision habeis cumplido: así paga Dios las buenas obras: ahora mirad, contemplad y apreciad, y entonces miraremos extasiados las maravillas que en la creacion existen, y al contemplar tanta sublimidad y grandeza, diremos: Os damos gracias Señor por habernos acercado á lo que tanto anhelábamos, á gozar del reinado de la libertad, igualdad y fraternidad, en esas moradas de los que cumplen las eternas leyes y se someten á los divinos mandatos con humildad, practicando las obras de caridad y amor, tal como lo enseñó nuestro maestro, cuya memoria será imperecedera para los amantes de la verdad, por los siglos de los siglos para bien y progreso de la humanidad.— *Un Presidiario.*

Este discurso pronunciado en el oscuro rincón de un presidio, donde los confinados hacen los trabajos más rudos, donde son tratados con más dureza, que los domadores tratan á las fieras: es de más mérito para nosotros que un libro de Victor Hugo: porque entre la sombra más horrible, un pálido rayo de luz, se convierte en Sol esplendoroso. Un presidiario espiritista, es la mejor conquista que puede hacer el progreso. En los presidios el espiritismo es la redencion, lo que no consigue la justicia humana con sus cadenas y sus castigos, lo alcanzan los espíritus con sus consoladoras comunicaciones. ¡Bendita la hora en que Allan Kardec se dedicó al estudio de tan racional filosofía, sus enseñanzas convierten á los criminales en apóstoles de la verdad; y de los arrepentidos, será el reino de los cielos!

AMOR.

Bella palabra, sublime sentimiento; chispa divina que á todos alcanza; luz celesti que con sus vívidos resplandores ilumina nuestra inteligencia; fuego sagrado, que todo lo santifica; suave aroma que al aspirar su perfume purifica nuestra alma impregnándola de dulce caridad. Bendito seas!....

Que diferencia existe entre el amor puro emanación del sér supremo; que ennoblece al que lo siente y engrandece cuanto toca; al amor de los sentidos que todo lo empequeñece y oscurece cegando y embruteciendo al espíritu.

A este amor obedece la repulsiva pasión de los celos: serpiente venenosa que con su hálito ponzoñoso produce esa fiebre visionaria que perturba al alma, envolviéndola, en el tenebroso caos de la desesperación y la duda.

Lástima inspiran los esposos, que sólo aman de este modo, creyendo en su obsecación que el que no ceta no quiere.

¡Desgraciados!..... desconocen los encantos del verdadero amor, pues convierten voluntariamente en infierno, la morada que debiera ser para ellos un oasis de delicias ó un pequeño paraíso.

El amor sincero é inmaculado, jamás ofende ni hace sufrir; antes adora sin mezcla de falsas preocupaciones é infundadas sospechas.

Procura imprimir el sello de paz y compostura á todo lo que le rodea, apareciendo como lucero brillante en límpido cielo donde la más leve nube no llega á empañar su hermosa claridad.

Lectoras mías, os hablo de este sentimiento único, como áncora salvadora, en el agitado mar de la vida humana: que el amor que en vuestros corazones se anida, sea puro, sacrosanto é imperecedero, que despues de ser sancionado por Dios, no turbará la felicidad de toda vuestra vida por que por él, os sentireis fuertes en la lucha, para llevar siempre la fé del triunfo en el altar del alma.

Más; ¡ay! de la que cede al de los sentidos, y olvida lo que debe á Dios, á su familia, á la sociedad y á sí misma; llegará un día que será el desprecio del hombre mismo que antes le jurará pasión, escarneciéndola sin que la llame madre de sus hijos, y lanzándole al rostro, sus faltas que la hacen arrastrar una vejez triste y sombría pues no será mirada con el aprecio que la virtud merece, por más que se le eche un velo á su pasado.

El amor bien sentido y mejor comprendido, eleva al espíritu por sima de lo material, y sereno cruza por entre las seducciones del mundo, dejando á su paso el noble ejemplo del deber cumplido.

Amad; amad mucho; pero amad sin sombras, para que no sea manchado el crisol de la virtud.

AVELINA ORTEGA DE GOMEZ.

Jagüey Grande (Cuba) 1886.

PENSAMIENTOS.

Ora el que enseña, y ora el que aprende.

La humanidad es capaz de matarse, mientras no sabe comprenderse.

La vida no es el arcano de un segundo, es el libro eterno de la investigación y del análisis.

GRACIA.—Imprenta de Cayetano Campins, Sta. Madrona, 8 y 10.